



Docentes que inspiran: educación emocional y liderazgo empático para transformar la escuela del siglo XXI

Teachers who inspire: emotional education and empathetic leadership to transform the 21st-century school

Professores que inspiram: educação emocional e liderança empática para transformar a escola do século XXI

Elizabetg Luzmila Andino Arturo ^I
elizabetg.andino@docentes.educacion.edu.ec
<https://orcid.org/0009-0003-4363-1785>

María Yasmin Ramírez Márquez ^{II}
maria.ramirezm@docentes.educacion.gob.ec
<https://orcid.org/0009-0005-6669-2702>

Rosa María Chichande Quintero ^{III}
rosa.chichande@docentes.educacion.edu.ec
<https://orcid.org/0009-0001-6287-485X>

Madelin Gaile Vizcaino Castillo ^{IV}
madelin.vizcaino@docentes.educacion.edu.ec
<https://orcid.org/0009-0003-2809-6112>

Correspondencia: elizabetg.andino@docentes.educacion.edu.ec

Ciencias de la Educación
Artículo de Investigación

* **Recibido:** 10 de septiembre de 2025 * **Aceptado:** 25 de octubre de 2025 * **Publicado:** 10 de noviembre de 2025

- I. Unidad Educativa 10 de Septiembre, Parroquia Coronel Carlos Concha Torres, Esmeraldas, Ecuador.
- II. Unidad Educativa 10 de Septiembre, Parroquia Coronel Carlos Concha Torres, Esmeraldas, Ecuador.
- III. Unidad Educativa 10 de Septiembre, Parroquia Coronel Carlos Concha Torres, Esmeraldas, Ecuador.
- IV. Unidad Educativa Fiscal Modesto Enrique Suarez Pimentel, Esmeraldas, Ecuador.

Resumen

El presente ensayo analiza el papel transformador del docente inspirador en la escuela del siglo XXI, destacando la relevancia de la educación emocional y del liderazgo empático como pilares de una pedagogía humanista orientada al bienestar y la sostenibilidad educativa. A partir de una revisión conceptual y reflexiva de autores contemporáneos, se aborda la necesidad de reconfigurar la práctica docente frente a los retos actuales: la sobrecarga digital, el agotamiento emocional, la pérdida de sentido pedagógico y las exigencias de inclusión y diversidad. Se argumenta que la educación emocional, basada en el desarrollo de competencias como la autoconciencia, la autorregulación, la empatía y la comunicación asertiva, constituye el eje del desarrollo integral docente y estudiantil. De igual forma, el liderazgo empático se presenta como una forma de gestión educativa centrada en la comprensión, la ética y el acompañamiento emocional, capaz de fortalecer la cultura escolar y fomentar comunidades de aprendizaje colaborativas. El ensayo concluye que la transformación educativa no depende únicamente de reformas estructurales o tecnológicas, sino del poder humano de los docentes que enseñan con sensibilidad, lideran con propósito y educan desde el corazón. La escuela del siglo XXI, por tanto, deberá ser emocionalmente sostenible, comprometida con el bienestar de sus actores y guiada por educadores capaces de inspirar esperanza, empatía y cambio social.

Palabras Clave: educación emocional; liderazgo empático; docentes inspiradores; bienestar educativo; transformación escolar.

Abstract

This essay analyzes the transformative role of the inspiring teacher in the 21st-century school, highlighting the relevance of emotional education and empathetic leadership as pillars of a humanistic pedagogy oriented toward well-being and educational sustainability. Through a conceptual and reflective review of contemporary authors, it addresses the need to reconfigure teaching practices in the face of current challenges: digital overload, emotional exhaustion, the loss of pedagogical purpose, and the demands of inclusion and diversity. It argues that emotional education, based on the development of competencies such as self-awareness, self-regulation, empathy, and assertive communication, constitutes the core of the holistic development of both teachers and students. Similarly, empathetic leadership is presented as a form of educational management centered on understanding, ethics, and emotional support, capable of strengthening

school culture and fostering collaborative learning communities. The essay concludes that educational transformation depends not only on structural or technological reforms, but also on the human power of teachers who teach with sensitivity, lead with purpose, and educate from the heart. The school of the 21st century, therefore, must be emotionally sustainable, committed to the well-being of its members, and guided by educators capable of inspiring hope, empathy, and social change.

Keywords: emotional education; empathetic leadership; inspiring teachers; educational well-being; school transformation.

Resumo

Este ensaio analisa o papel transformador do professor inspirador na escola do século XXI, destacando a relevância da educação emocional e da liderança empática como pilares de uma pedagogia humanista orientada para o bem-estar e a sustentabilidade educativa. Através de uma revisão conceptual e reflexiva de autores contemporâneos, aborda a necessidade de reconfigurar as práticas de ensino face aos desafios atuais: sobrecarga digital, exaustão emocional, perda do propósito pedagógico e as exigências de inclusão e diversidade. Defende-se que a educação emocional, baseada no desenvolvimento de competências como o autoconhecimento, a autorregulação, a empatia e a comunicação assertiva, constitui o núcleo do desenvolvimento holístico tanto dos professores como dos alunos. Da mesma forma, a liderança empática apresenta-se como uma forma de gestão educativa centrada na compreensão, na ética e no apoio emocional, capaz de fortalecer a cultura escolar e fomentar comunidades de aprendizagem colaborativa. O ensaio conclui que a transformação educativa depende não só de reformas estruturais ou tecnológicas, mas também do poder humano dos professores que ensinam com sensibilidade, lideram com propósito e educam com o coração. A escola do século XXI deve, por isso, ser emocionalmente sustentável, comprometida com o bem-estar dos seus membros e orientada por educadores capazes de inspirar esperança, empatia e mudança social.

Palavras-chave: educação emocional; liderança empática; professores inspiradores; bem-estar educativo; transformação escolar.

Introducción

La educación del siglo XXI se encuentra en un punto de inflexión. Las transformaciones sociales, tecnológicas y culturales han configurado una escuela que ya no puede ser pensada únicamente como un espacio de transmisión de saberes, sino como un escenario de convivencia, desarrollo emocional y formación integral del ser humano. En esta era de hiperconectividad y globalización, los desafíos educativos se amplifican: la diversidad cultural, la inclusión social, la inteligencia artificial, las crisis de valores y el deterioro del bienestar emocional docente y estudiantil exigen nuevos modelos pedagógicos centrados en la empatía y la humanidad (Latorre Cosculluela, Sierra Sánchez & Lozano Blasco, 2021; de la Presa et al., 2025).

La escuela contemporánea enfrenta no solo el reto de adaptarse a las innovaciones tecnológicas, sino también de reconstruir el tejido emocional que sostiene las relaciones humanas. La velocidad del cambio digital ha transformado las dinámicas educativas, muchas veces despersonalizando la interacción entre maestros y estudiantes (Ávila & Chere, 2025). En este contexto, se hace urgente recuperar la dimensión emocional del aprendizaje, donde el docente se convierta en un líder empático capaz de guiar con sensibilidad, escucha activa y compromiso ético. Como afirman Haro Esquivel et al. (2025), el liderazgo educativo del nuevo siglo debe trascender lo administrativo y centrarse en la transformación humana y colectiva.

La educación emocional se presenta, entonces, como una necesidad impostergable. Más allá de una competencia transversal, constituye el fundamento del bienestar personal y profesional del docente, quien debe aprender a gestionar sus propias emociones para acompañar a sus estudiantes desde la comprensión y la afectividad (Cambizaca Loja & Morales Romero, 2025). Esta visión concibe al maestro como un agente inspirador, capaz de generar confianza, motivar y orientar con sentido. Según Filadoro (2025), un educador emocionalmente equilibrado no solo mejora la convivencia escolar, sino que también contribuye al desarrollo de comunidades educativas saludables, donde el aprendizaje se nutre de la empatía y la cooperación.

En paralelo, el liderazgo empático ha cobrado protagonismo como el estilo de dirección más acorde con los desafíos contemporáneos. La empatía, entendida como la capacidad de ponerse en el lugar del otro, se ha convertido en una herramienta esencial para gestionar los equipos docentes y fortalecer los lazos institucionales (Laurens Narváez, 2025; Criollo Vargas, 2025). El liderazgo del siglo XXI, tal como sostiene Quezada Payano (2025), no se mide solo por las competencias técnicas, sino por la habilidad de inspirar y conectar emocionalmente con las personas. Esta

concepción humanista del liderazgo impulsa a los docentes a convertirse en guías que orientan con comprensión y visión compartida, fomentando la resiliencia, la creatividad y el compromiso colectivo dentro de la escuela.

Sin embargo, los sistemas educativos latinoamericanos, y particularmente el ecuatoriano, aún muestran brechas significativas en la formación emocional y en la práctica del liderazgo empático. Las políticas públicas han priorizado aspectos estructurales o curriculares, dejando de lado la dimensión socioafectiva que sustenta una educación verdaderamente transformadora (Ávila, Camacho, Laz & Sánchez, 2024; Hurtado & Quiñónez, 2021). En muchos casos, los docentes enfrentan escenarios de estrés, desmotivación o sobrecarga, lo que evidencia la necesidad de repensar su rol desde una perspectiva de bienestar y propósito.

Frente a este panorama, el docente inspirador emerge como la figura clave para renovar la escuela del siglo XXI. Es aquel que enseña con la mente y con el corazón, que ve en cada estudiante una oportunidad de crecimiento y que lidera con el ejemplo, no con la imposición. Su fuerza transformadora radica en su capacidad de integrar conocimiento, emoción y ética en su práctica cotidiana. Como señala Zambrano et al. (2025), la educación del futuro requiere líderes educativos que desarrollen en sus estudiantes las competencias del siglo XXI: pensamiento crítico, comunicación empática y conciencia social.

En definitiva, el nuevo paradigma educativo exige una educación humanizada, donde la gestión emocional y el liderazgo empático sean las bases de una escuela más justa, inclusiva y sostenible. La innovación pedagógica no solo consiste en incorporar tecnología o nuevos métodos, sino en rescatar la esencia del vínculo humano que inspira, acompaña y transforma. Tal como enfatiza Abad Gavilanes (2025), el liderazgo docente auténtico se mide por su capacidad de movilizar emociones, generar confianza y construir esperanza dentro de la comunidad educativa.

Por tanto, este ensayo tiene como objetivo principal analizar el papel del docente inspirador como agente de cambio en la escuela del siglo XXI, destacando la relevancia de la educación emocional y del liderazgo empático como pilares para la transformación educativa. A través de un enfoque reflexivo y teórico, se busca argumentar que el verdadero cambio educativo no depende únicamente de las reformas estructurales o tecnológicas, sino del poder transformador de los maestros que enseñan con empatía, educan desde las emociones y humanizan el aprendizaje.

Desarrollo

Fundamentos teóricos y conceptuales

El proceso educativo contemporáneo se encuentra estrechamente vinculado a la necesidad de comprender las emociones como parte esencial del desarrollo humano y del liderazgo como una práctica orientada a la transformación ética, empática y social. En este sentido, tanto la educación emocional como el liderazgo empático constituyen los dos pilares conceptuales que sustentan la actuación del docente inspirador en la escuela del siglo XXI. Estas dimensiones se entrelazan para construir un modelo pedagógico más humano, participativo y coherente con los desafíos de la era digital.

Educación emocional: eje del desarrollo integral

La educación emocional ha emergido como una respuesta a la creciente necesidad de atender el componente socioafectivo del aprendizaje. Daniel Goleman (1995) introdujo el concepto de inteligencia emocional, entendida como la capacidad de reconocer, comprender y gestionar las propias emociones y las de los demás. A partir de sus postulados, otros autores como Mayer y Salovey ampliaron la noción hacia un modelo de procesamiento emocional que integra el pensamiento racional con la autorregulación afectiva. En el ámbito educativo, Rafael Bisquerra (2018) consolidó la educación emocional como un proceso continuo y sistemático orientado a desarrollar competencias personales y sociales que favorecen el bienestar, la convivencia y la prevención de conflictos.

En la práctica docente, estas competencias se traducen en cinco dimensiones esenciales: autoconciencia emocional, autorregulación, motivación, empatía y habilidades sociales. La autoconciencia permite que el educador identifique sus emociones y las gestione de manera constructiva; la autorregulación le permite mantener la calma y la objetividad ante situaciones desafiantes; la motivación interna lo impulsa a perseverar en su misión educativa; la empatía favorece la comprensión de las realidades estudiantiles diversas; y las habilidades sociales fortalecen el trabajo colaborativo y la comunicación efectiva en la comunidad escolar (Cambizaca Loja & Morales Romero, 2025).

En Ecuador, diversos estudios recientes destacan que los docentes emocionalmente competentes logran ambientes de aprendizaje más inclusivos y participativos, donde el estudiante se siente valorado y comprendido (Haro Esquivel et al., 2025; Filadoro, 2025). Esta visión se alinea con los

principios del aprendizaje socioemocional (SEL), un enfoque que promueve la integración de la inteligencia emocional en la práctica pedagógica cotidiana. Las evidencias internacionales demuestran que las aulas donde se implementan programas de educación emocional muestran mejoras significativas en la conducta, la motivación y el rendimiento académico (Aviléz-García, Navarro-González & Murillo-Jarquín, 2023).

En consecuencia, la educación emocional no debe entenderse como una estrategia complementaria, sino como el eje estructural del desarrollo integral del docente y del estudiante. Tal como sostienen Ávila et al. (2024), una educación que ignora las emociones fragmenta la formación humana, mientras que una educación que las cultiva fortalece la identidad, la autoestima y el sentido de pertenencia. En este marco, el docente inspirador actúa como un mediador emocional que enseña a pensar sintiendo y a sentir pensando, integrando la razón y el afecto en una misma pedagogía humanista.

Liderazgo empático y su influencia en la cultura escolar

El liderazgo educativo del siglo XXI se concibe como una práctica relacional basada en la influencia positiva, el acompañamiento emocional y la creación de entornos colaborativos. Tradicionalmente, los modelos de gestión educativa han privilegiado un liderazgo administrativo centrado en la planificación, la supervisión y la evaluación; sin embargo, en la actualidad se exige una transición hacia un liderazgo empático, que coloca a las personas y sus emociones en el centro de la gestión escolar (Haro Esquivel et al., 2025; Navarro Salcedo, 2024).

Según Laurens Narváez (2025), el liderazgo empático es la convergencia entre la inteligencia emocional y la dirección educativa transformacional, donde el líder no solo organiza, sino que escucha, comprende y motiva a su equipo. En contraposición al liderazgo autoritario, el liderazgo empático fomenta la confianza y la participación activa, favoreciendo la autonomía profesional de los docentes. Este estilo de liderazgo se construye sobre cuatro dimensiones clave: comprensión emocional, escucha activa, ejemplo ético y acompañamiento continuo (Quezada Payano, 2025).

- Comprensión emocional: implica reconocer las emociones de los demás sin juzgar, comprendiendo el contexto que las origina.
- Escucha activa: supone una comunicación abierta, donde la voz del otro es valorada como fuente de conocimiento y mejora.
- Ejemplo ético: el líder inspira desde la coherencia entre lo que dice y lo que hace.

- Acompañamiento emocional: consiste en sostener al equipo en momentos de crisis o incertidumbre, fortaleciendo la cohesión institucional.

De acuerdo con Criollo Vargas (2025), el líder del siglo XXI ya no se define por la acumulación de competencias técnicas, sino por su capacidad de inspirar y generar confianza. Esta idea se refuerza en los hallazgos de Zambrano et al. (2025), quienes evidencian que el liderazgo empático incrementa la motivación, el compromiso docente y la satisfacción laboral, factores directamente vinculados a la mejora del clima institucional.

El liderazgo empático, por tanto, se convierte en una fuerza cultural dentro de las instituciones educativas. No solo mejora la eficiencia organizacional, sino que también humaniza la gestión escolar, promoviendo una cultura basada en la colaboración, el respeto y la solidaridad. Cuando el directivo y el docente actúan desde la empatía, el aprendizaje se expande más allá del aula, impactando en la comunidad educativa en su conjunto (Abad Gavilanes, 2025). En este sentido, la empatía no es únicamente una competencia emocional, sino un principio ético que orienta las prácticas educativas hacia la justicia, la equidad y el bienestar colectivo.

En suma, tanto la educación emocional como el liderazgo empático constituyen los pilares conceptuales de la transformación educativa contemporánea. El docente inspirador emerge en la intersección de ambos enfoques: un profesional que enseña con sensibilidad, lidera con humanidad y transforma la escuela en un espacio de crecimiento compartido.

El docente inspirador como agente de cambio

En la dinámica educativa contemporánea, el docente inspirador emerge como un actor fundamental de transformación, capaz de articular la educación emocional y el liderazgo empático con la praxis pedagógica diaria. Su papel no se limita a la transmisión de contenidos, sino que se expande hacia la formación de sujetos críticos, sensibles y solidarios. Como señala Criollo Vargas (2025), el líder educativo del siglo XXI trasciende las competencias técnicas para situarse en el terreno de lo humano, donde la vocación, la coherencia y la empatía se convierten en los ejes de una enseñanza significativa.

El perfil del docente inspirador se construye sobre cuatro pilares esenciales: la vocación, entendida como compromiso ético con el desarrollo integral del estudiante; la coherencia, que implica congruencia entre el discurso y la acción; la empatía, como capacidad de comprender y acompañar las emociones de los demás; y la comunicación asertiva, que posibilita el diálogo respetuoso y la

resolución constructiva de conflictos. Esta combinación de virtudes permite que el docente se convierta en un referente emocional y moral dentro de la comunidad educativa (Laurens Narváez, 2025; Cambizaca Loja & Morales Romero, 2025).

En este sentido, el docente inspirador enseña con la mente, pero transforma con el corazón. Su influencia no radica únicamente en los métodos pedagógicos, sino en la fuerza del ejemplo. Ante las dificultades, demuestra resiliencia, autocontrol y sentido de propósito, convirtiendo cada desafío en una oportunidad para modelar valores de perseverancia y respeto (Filadoro, 2025). La gestión emocional frente a la adversidad no solo le permite mantener la estabilidad personal, sino que también brinda a sus estudiantes una lección viva de cómo enfrentar las complejidades del mundo contemporáneo.

Diversos estudios evidencian que los docentes que lideran con propósito generan impactos significativos tanto en el rendimiento académico como en el clima institucional. Por ejemplo, Aviléz-García, Navarro-González y Murillo-Jarquín (2023) demostraron que el liderazgo docente basado en la inteligencia emocional incrementa la motivación y la autorregulación en los estudiantes de educación secundaria. Del mismo modo, Abad Gavilanes (2025) destaca que el liderazgo inspirador en instituciones ecuatorianas se asocia con mayores niveles de participación, confianza y cohesión entre docentes y directivos. En el ámbito internacional, las experiencias reportadas por de la Presa et al. (2025) confirman que las escuelas que promueven la empatía y la educación emocional fortalecen su capacidad de innovación pedagógica y sostenibilidad institucional.

El aula, en este contexto, deja de ser un espacio meramente cognitivo para convertirse en una comunidad emocional de aprendizaje. El docente inspirador asume la tarea de cultivar vínculos basados en la confianza, la escucha y el reconocimiento mutuo. Cada interacción se convierte en una oportunidad para enseñar valores como el respeto, la solidaridad y la cooperación. Como plantea Haro Esquivel et al. (2025), las prácticas pedagógicas sustentadas en el liderazgo empático consolidan entornos de bienestar y participación, donde los estudiantes no solo aprenden contenidos, sino también habilidades socioemocionales indispensables para la vida.

Asimismo, el docente inspirador promueve una pedagogía del ejemplo. Su autoridad no se impone, se construye desde la admiración que genera su integridad y compromiso. A través de la coherencia entre su discurso y su accionar, encarna los valores que desea transmitir. Tal como enfatiza Quezada Payano (2025), el liderazgo docente centrado en las habilidades blandas y la empatía

favorece la permanencia educativa y la reducción de conflictos interpersonales, fortaleciendo el sentido de comunidad escolar.

Finalmente, el docente inspirador actúa como un mediador del cambio, un agente que integra conocimiento y emoción, razón y sensibilidad. Su liderazgo no se ejerce desde el poder, sino desde el servicio y la inspiración. Como concluye Zambrano et al. (2025), los educadores que logran conectar emocionalmente con sus estudiantes contribuyen a la formación de ciudadanos resilientes, éticos y comprometidos con la sociedad. La figura del docente inspirador, por tanto, simboliza la posibilidad de una escuela más humana, empática y transformadora, donde enseñar es un acto de amor y esperanza.

La escuela del siglo XXI: escenarios de transformación

La escuela del siglo XXI atraviesa una etapa de redefinición profunda. Ya no basta con modernizar infraestructuras o incorporar tecnologías; es necesario repensar su sentido, su cultura y su propósito. Las instituciones educativas enfrentan hoy una multiplicidad de desafíos contemporáneos, entre los que destacan el burnout docente, la sobrecarga digital, la fragmentación del vínculo humano y la pérdida de sentido pedagógico. Estas tensiones, agravadas por la acelerada digitalización y las nuevas demandas sociales, obligan a construir una escuela más humana, emocionalmente sostenible y orientada al bienestar colectivo (de la Presa et al., 2025; Hurtado & Quiñónez, 2021).

El agotamiento emocional de los docentes se ha convertido en un fenómeno recurrente en los sistemas educativos latinoamericanos. La presión por los resultados, el exceso de burocracia y las exigencias tecnológicas han desplazado, en muchos casos, el disfrute de la vocación pedagógica. Haro Esquivel et al. (2025) advierten que este desgaste no solo afecta la salud mental del profesorado, sino también la calidad del proceso formativo, generando desmotivación y desapego. Frente a ello, la inteligencia emocional se erige como una herramienta esencial para la gestión del cambio educativo, al permitir a los docentes reconocer sus límites, regular sus emociones y fortalecer su resiliencia frente a la adversidad.

La escuela, por tanto, debe convertirse en un espacio de bienestar colectivo. Tal como plantea Filadoro (2025), la inclusión del bienestar emocional como eje transversal de las políticas institucionales no es una opción, sino una condición indispensable para garantizar la permanencia, la equidad y la innovación pedagógica. Esto implica promover relaciones más horizontales,

fortalecer la cooperación entre docentes y fomentar el apoyo socioemocional dentro de las comunidades escolares. Una escuela emocionalmente saludable no solo enseña conocimientos, sino que forma personas capaces de convivir, dialogar y construir esperanza.

Asimismo, la inteligencia emocional institucional se convierte en el motor de la transformación pedagógica. Según Laurens Narváez (2025), los equipos directivos que lideran con empatía y visión humanista promueven entornos laborales positivos, donde el aprendizaje y la creatividad florecen. La gestión del cambio no puede centrarse en estructuras rígidas, sino en personas que sienten, piensan y actúan de manera ética. Por ello, el liderazgo compartido, la comunicación asertiva y la corresponsabilidad son elementos claves para sostener comunidades educativas cohesionadas y adaptativas.

Otro de los grandes retos contemporáneos es la inclusión y la diversidad. La escuela moderna debe reconocer y valorar la pluralidad de experiencias, saberes y culturas. Como sostiene Ávila et al. (2024), la educación inclusiva no se limita al acceso, sino que busca transformar las prácticas, los contenidos y las relaciones para garantizar la participación plena de todos los estudiantes. En este proceso, el docente inspirador actúa como mediador intercultural, capaz de integrar la diferencia como fuente de aprendizaje y enriquecimiento mutuo.

La innovación educativa, por su parte, debe ser entendida desde una perspectiva humanista. No se trata de reemplazar la figura del maestro con la tecnología, sino de utilizar los recursos digitales como herramientas al servicio del crecimiento emocional y cognitivo de los estudiantes. Ávila & Chere (2025) proponen el desarrollo de ecosistemas digitales de aprendizaje que integren la tecnología con la empatía y la creatividad, generando experiencias formativas más significativas y colaborativas.

Finalmente, el liderazgo compartido se consolida como una estrategia clave para la sostenibilidad institucional. Las escuelas que distribuyen el liderazgo entre directivos, docentes y estudiantes logran mayores niveles de compromiso, innovación y pertenencia (Zambrano et al., 2025). El trabajo colaborativo fortalece la identidad institucional y permite construir una cultura organizacional centrada en la confianza y el respeto mutuo.

La escuela del siglo XXI se concibe como un ecosistema vivo que debe adaptarse a las necesidades emocionales, sociales y culturales de su comunidad. Su transformación depende de la capacidad de integrar inteligencia emocional, liderazgo empático e innovación pedagógica en una visión

común orientada al bienestar humano. Solo así podrá responder a los desafíos del futuro sin perder su esencia formadora y ética.

Desafíos y propuestas

La consolidación de una educación humanista y emocionalmente sostenible enfrenta todavía diversos desafíos estructurales y formativos que limitan su implementación efectiva en los sistemas escolares. Si bien los fundamentos teóricos sobre la educación emocional y el liderazgo empático han ganado legitimidad, su práctica cotidiana continúa siendo desigual y, en muchos casos, subordinada a modelos pedagógicos centrados en la evaluación o la tecnificación del aprendizaje. Por ello, resulta imprescindible avanzar hacia un modelo educativo que reconozca las emociones como motor del desarrollo humano y el liderazgo docente como catalizador del cambio institucional.

Entre los principales desafíos identificados destacan: la carencia de formación sistemática en inteligencia emocional en la formación inicial y continua del profesorado; la escasa atención al bienestar y salud mental de los docentes; la persistencia de culturas escolares jerárquicas con escasa participación emocional; y la falta de políticas públicas que integren la dimensión socioafectiva como eje transversal de la calidad educativa (Hurtado & Quiñónez, 2021; Haro Esquivel et al., 2025).

A partir de este diagnóstico, se plantean cuatro líneas estratégicas de acción para fortalecer el liderazgo empático y la educación emocional en la escuela del siglo XXI:

- ***Formación inicial y continua en competencias emocionales y liderazgo humano***

La educación emocional debe ser una competencia troncal en la formación docente. Es necesario incorporar asignaturas y módulos orientados al autoconocimiento, la regulación emocional, la empatía, la comunicación asertiva y el liderazgo ético. Según Laurens Narváez (2025), la inteligencia emocional en la gestión educativa potencia la capacidad del docente para conducir equipos, resolver conflictos y acompañar procesos de cambio. Además, la formación continua debe incluir espacios de reflexión y acompañamiento que fortalezcan el bienestar personal y profesional del maestro, promoviendo su crecimiento integral y su sentido de propósito (Cambizaca Loja & Morales Romero, 2025).

- ***Programas institucionales de bienestar y salud mental docente***

El bienestar emocional del profesorado es condición indispensable para el éxito educativo. Diversos estudios alertan sobre el incremento del estrés y el agotamiento docente, lo cual afecta tanto la motivación como la calidad de la enseñanza (de la Presa et al., 2025). Frente a ello, se requiere implementar programas institucionales de bienestar y salud mental que incluyan orientación psicológica, espacios de descanso activo, reconocimiento del trabajo docente y acompañamiento socioemocional permanente. Como plantea Filadoro (2025), cuidar a quienes educan es una inversión estratégica en la sostenibilidad del sistema educativo.

- ***Cultura escolar empática, basada en la comunicación no violenta y el trabajo colaborativo***

Transformar la cultura institucional implica pasar de un modelo jerárquico a uno cooperativo. El liderazgo empático promueve una convivencia basada en la comunicación no violenta, la escucha activa y el respeto mutuo (Quezada Payano, 2025). Para ello, es fundamental fomentar espacios de diálogo y aprendizaje entre pares, donde la colaboración reemplace la competencia y la empatía se consolide como valor transversal. Haro Esquivel et al. (2025) sostienen que las organizaciones educativas emocionalmente inteligentes logran mayor cohesión, innovación y resiliencia, al generar un sentido de comunidad que trasciende los roles tradicionales.

- ***Políticas públicas educativas que prioricen el desarrollo emocional del profesorado***

La transformación educativa requiere respaldo institucional y político. Es urgente que los marcos normativos y los programas ministeriales integren la dimensión socioemocional dentro de los estándares de calidad docente. Ávila et al. (2024) argumentan que el derecho a la educación implica también el derecho a un entorno emocionalmente saludable para quienes enseñan y aprenden. En la misma línea, Abad Gavilanes (2025) resalta que los sistemas educativos deben reconocer el liderazgo docente como un recurso estratégico para la innovación y la equidad. De esta forma, las políticas públicas deben garantizar financiamiento, incentivos y acompañamiento técnico para la implementación de programas de educación emocional y liderazgo empático en todos los niveles educativos.

Estos cuatro ejes constituyen una hoja de ruta para avanzar hacia una educación emocionalmente inteligente y socialmente comprometida. Implementarlos no solo fortalecerá la práctica pedagógica, sino que también permitirá reconstruir el sentido ético y humano de la profesión docente. Tal como afirman Zambrano et al. (2025), el futuro de la educación dependerá de la

capacidad de las instituciones para cuidar a sus maestros y formar líderes capaces de inspirar desde la empatía y la sensibilidad.

Conclusiones

Su incorporación en la práctica docente fortalece el bienestar individual y colectivo, fomenta la autorregulación emocional y promueve ambientes de aprendizaje más humanos, inclusivos y participativos. Formar docentes emocionalmente competentes es una condición indispensable para construir escuelas sostenibles y resilientes.

Frente a modelos jerárquicos o burocráticos, el liderazgo empático promueve la comprensión, la escucha activa y el acompañamiento. Este estilo de liderazgo consolida la cohesión institucional y eleva el compromiso profesional, generando climas organizacionales basados en la confianza, la colaboración y el respeto mutuo.

El docente inspirador se erige como el agente de cambio más poderoso del sistema educativo. Su fuerza transformadora radica en su vocación, coherencia, empatía y comunicación asertiva. Enseña con la mente, pero transforma con el corazón, convirtiendo el aula en una comunidad emocional de aprendizaje donde los estudiantes se sienten comprendidos, motivados y valorados. Los desafíos contemporáneos burnout docente, sobrecarga digital y pérdida de sentido pedagógico demandan instituciones que prioricen la salud mental, la inclusión y la innovación con propósito. Solo una escuela emocionalmente equilibrada puede garantizar una educación significativa y duradera.

Es necesario fortalecer la formación inicial y continua en competencias emocionales, impulsar programas institucionales de bienestar docente y diseñar marcos normativos que reconozcan el valor del liderazgo humano en la calidad educativa. Sin bienestar docente, no hay transformación posible.

El verdadero cambio educativo no depende únicamente de reformas estructurales o tecnológicas, sino del poder transformador de los maestros que inspiran, lideran con empatía y educan desde el corazón. Cultivar docentes que enseñen con humanidad es, en última instancia, la mayor apuesta por una sociedad más justa, solidaria y esperanzadora.

Referencias

- Abad Gavilanes, E. J. (2025). El liderazgo docente en el nivel de bachillerato de La Unidad Educativa Técnico Salesiano de La ciudad de Cuenca (Master's thesis, Universidad del Azuay).
- Ávila, V., Camacho, N., Laz, Z., & Sánchez, K. (2024). La educación como derecho fundamental en el Ecuador: Un abordaje desde la óptica del desarrollo sostenible. *Dominio De Las Ciencias*, 10(2), 133-153.
- Aviléz-García, A. P., Navarro-González, J. L., & Murillo-Jarquín, A. J. (2023). Liderazgo del equipo directivo y su influencia en el desarrollo de las habilidades emocionales de los docentes de educación secundaria del colegio público experimental México del distrito IV de la ciudad de Managua, durante el primer semestre del año lectivo 2023 (Doctoral dissertation, Universidad Católica Redemptoris Mater).
- Cambizaca Loja, D. M., & Morales Romero, M. N. (2025). El rol del docente frente al desarrollo emocional de niños y niñas en inicial II.
- Criollo Vargas , M. I. (2025). El líder del siglo XXI: más allá de las competencias técnicas. *Revista Multidisciplinaria Investigación Contemporánea*, 3(2). <https://doi.org/10.58995/redlic.rmic.v3.n2.a142>
- de la Presa, A. A., Angulo, R. Á., Diez, E. A., Gómez, A. A., Albisua, M. J. B., Bataller, S. C., ... & Agudo, A. Z. (2025). Los nuevos retos educativos del siglo XXI (Vol. 84). Grao.
- Filadoro, S. (2025). Inclusión y bienestar emocional: Propuestas para educadores. *Bonum*.
- Haro Esquivel, G., Ayala Hernández , P., Núñez Cortez, A. M., Román Salcedo, M. del C., & Rentería Castro, E. (2025). Liderazgo e Innovación Educativa: Estrategias y Políticas para la Transformación en el Siglo XXI. *Estudios Y Perspectivas Revista Científica Y Académica* , 5(1), 1975–1988. <https://doi.org/10.61384/r.c.a.v5i1.962>
- Hurtado, A. C. C., & Quiñónez, B. C. (2021). Nuevo modelo nacional de supervisión a la gestión educativa ecuatoriana. *Dominio de las Ciencias*, 7(1), 1106-1118.
- Latorre Cosculluela, C., Sierra Sánchez, V., & Lozano Blasco, R. (2021). El docente del siglo XXI: Enfoques y metodologías para la transformación educativa (Vol. 305). Prensas de la Universidad de Zaragoza.

- Laurens Narváez, L. L. . (2025). Liderazgo Transformacional e Inteligencia Emocional en la Gestión Directiva Educativa. *Revista Latinoamericana Ogmios*, 5(12), 13–26. <https://doi.org/10.53595/rlo.v5.i12.116>
- Navarro Salcedo, G. (2024). El liderazgo y la formación docente en la era digital: un análisis contemporáneo. *TE & ET*.
- Quezada Payano, O. (2025). El Liderazgo de las Habilidades Blandas en la Gestión Directiva: Una Revisión Crítica para Fortalecer la Permanencia Educativa. *Revista Veritas De Difusão Científica*, 6(3), 517–542. <https://doi.org/10.61616/rvdc.v6i3.950>
- Quiñónez, V. T. Á., Quiñonez, I. I. C., Quiñónez, B. F. C., & Chere, W. D. G. (2025). Ecosistema digital de aprendizaje. *Polo del Conocimiento*, 10(1), 299-316.
- Salcedo, G. N. (2024). El Liderazgo y la Formación Docente en la Era Digital: Un Análisis Contemporáneo. *Revista Iberoamericana de Tecnología en Educación y Educación en Tecnología*, (39), e10-e10.
- Zambrano, C. K. S., Camargo, P. L. Z., Rengifo, M. G. F., Toapanta, M. L., & Rivadeneira, J. E. S. (2025). Liderazgo educativo y su impacto en el desarrollo de competencias del siglo XXI en estudiantes. *Prosperus*, 2(2), 174-198.